

Pascal Bruckner: Miseria de la prosperidad. La religión del mercado y sus enemigos.

Ed. Tusquets, Barcelona, 2003

(Sobre el trabajo)...Ahora la antigüedad es a menudo un inconveniente y, en algunos sectores punteros, parece que el tiempo de vida laboral de una persona apenas supera el de una modelo o un atleta profesional: sólo se salvan quienes están dispuestos a sacrificarlo todo, empezando por su vida privada. A nadie le extraña que, en estas condiciones, sean cada vez más las personas en Europa (no así en Estados Unidos) a quienes seduzca el proyecto de reducir el tiempo de trabajo en beneficio de otras formas de desarrollo personal. La oficina, el taller, la fábrica siguen siendo lugares donde se hace vida en común, pero se difumina el concepto de carrera en función del nivel de estudios, se atenúa la visión clásica del trabajo como maduración paciente, transformación de uno mismo y cooperación armoniosa con el tiempo para llegar a ser el mejor en una disciplina. Ahora predomina la idea del trabajo como mercancía de usar y tirar, que se acepta y se deja sin sufrir ni padecer, como si el empleo se hubiera convertido en una parte anexa de la existencia y la mano de obra en una simple variable de reajuste. Por eso se produce la siguiente paradoja: mientras las clases trabajadoras aspiran a tener cada vez más tiempo libre, las altas esferas se dejan la piel en la labor y enarbolan el agotamiento como un signo de poder. En este comienzo del siglo XXI, las masas parecen adoptar poco a poco el desprecio aristocrático al trabajo mientras la élite abraza con placer la esclavitud laboral, antes reservada a la plebe. Con un riesgo evidente: al apropiarse del trabajo, los amos se apropian también de los destinos de la nación y terminarán por mantener a todos los demás, reducidos al estado de siervos divertidos. (pp 32-33)

... De entrada, la globalización es un cambio de escala, de intensidad, de velocidad. Traduce este momento histórico en que el planeta toma conciencia de sus límites los hombres, de su abrumadora interdependencia. El universo deja de ser el espacio común de sus intercambios para convertirse en el lugar de sus tormentos recíprocos, como avispa encerrada en una botella, sin más solución para sobrevivir que clavarse el aguijón. Al estar todo comunicado -a los pueblos sólo les separan unas horas de avión o tren -- nos vemos privados de la distancia necesaria en toda relación. Es la intolerable proximidad de la aldea global, cuando lo que hace falta es restablecer desvíos, intervalos donde cada uno pueda encontrar su sitio. Ahora nadie está a salvo. Los lugares más remotos ya están contaminados... De los demás sabemos lo bastante para desconfiar o ridiculizarlos, pero no lo suficiente para amarlos o sentirnos solidarios con sus sufrimientos. La apertura prometida por la modernidad -la fabulosa posibilidad de salir del ámbito local, la familia, el país natal- se convierte en un nuevo encierro... (pp 33-34)

Para empezar, *la globalización es la globalización de la duda sobre sus beneficios*: produce un mimetismo laxo que se propaga con la rapidez del rayo y divulga por igual las buenas y las malas noticias. Y si el aumento de bienestar beneficia en principio a los más favorecidos, la corriente afecta a todos los países sin distinción. Estamos sometidos a requisitos abstractos: modernizarnos, liberalizarnos, cambiar las costumbres, las

rutinas, para ser los mejor situados en la carrera. Son demasiadas las órdenes impuestas por la globalización al precio de grandes sufrimientos. Si fuera necesario definirla diríamos: *similitud de condición sin comunidad de destino*. Cuando sabemos que menos del 10 % de la población mundial produce y consume el 70 % de los bienes y servicios..., se entiende que en globalización hay un término que sobra: globo, pues esta tendencia deshereda a partes enteras del planeta. Por eso el movimiento antiglobalización es tan fácil de compartir. La vaguedad de su ideario es también su riqueza: en contra de las apariencias, su finalidad no es combatir la globalización sino realizarla... (pp 34-35)

La nueva economía, cuya originalidad reside más en la concepción de nuevos bienes que en su fabricación (Daniel Cohen), se contenta, como la antigua, con redistribuir de forma diferente a ganadores y perdedores... Sin duda, ha demostrado que era ante todo un acto de fe y ha puesto en evidencia el carácter irracional de la "ciencia" económica. Quizá lo más inquietante de esta situación sea el desconcierto de los expertos: por más que busquen en la moral, la política o la filosofía grandes principios para convencernos de la validez de los cambios actuales, sólo manifiestan una singular mezcla de ignorancia y suficiencia. Incapaces de entender la situación, manejados como simples legos por los yoyós bursátiles, lo saben todo, no prevén nada, se equivocan a menudo y rara vez pagan los platos rotos... (pp 36-37)

A pesar de ser (el Capitalismo) el único sistema en escena, está lejos de concitar la admiración. Aunque unos y otros se esfuercen por hacer la poción menos amarga, sólo consigue adaptación, en absoluto adhesión. Tampoco se le detesta, la gente se conforma, sin ilusiones. En este sentimiento de desengaño deberían apoyarse los nuevos movimientos radicales en lugar de pretender reproducir la improbable escenografía del *Grand soir*, el día legendario de la Revolución social. (p 38)

... ¿cómo evitar el estallido de una nueva era de revueltas, con Seattle como pistoletazo de salida y Porto Alegre como hito histórico? Lo novedoso de estas protestas es, sin embargo, la ausencia de una solución más allá de la crítica permanente; la inexistencia de un esquema acerca de un universo diferente... (p 39)

...Dejamos de pensar cuando queremos sustraernos a las exigencias del lenguaje, decía Nietzsche... No debería olvidarse que, como dijo Nietzsche, el peor enemigo de la verdad "no es la mentira sino las convicciones"... (pp 42-43)

Avaro, pródigo, codicioso.

La avaricia es la enfermedad de la retención y la prodigalidad, por su parte, la de la lapidación. La primera es el amor al dinero como medio absoluto que supera a todos los fines: ningún goce puede igualarlo porque los contiene todos en potencia. El roñoso sólo acumula billetes y monedas de oro para prohibirse gastarlos, seguro de que sus ahorros jamás podrán defraudarle al no intentar nunca materializarlos (George Simmel). Privarle

de un solo céntimo sería como amputarle un miembro o desollarlo vivo. No posee su fortuna, es su fortuna, ella es parte integrante de su ser.

A la inversa, el pródigo no deja nunca de demostrar, con un gasto diario desenfrenado, hasta qué punto el dinero le es indiferente. Nada le frena: ni fiesta o banquete, ni compra costosa. Si tira el dinero por la ventana, busca la mirada admirativa, extasiada, de los demás, que le consagran como un ser generoso. Intenta convencerlos de su desinterés por el vil metal y fustiga la tacañería de sus congéneres, su pequeñez financiera. Pero con su insistencia de gran señor en desembolsar tanto y más, demuestra que no está completamente desapegado del objeto de su desprecio. No ha roto con ese falso dios, su largueza es engañosa, está inmerso en una interminable rendición de cuentas. El avaro y el pródigo viven en una misma contradicción. Como supo ver George Simmel, son la cara y la cruz de la moneda, deifican el dinero por igual, uno atesorándolo, otro derrochándolo. Ecónomo o vividor, ambos son hijos del mismo padre.

En cuanto al codicioso, a pesar de su imagen negativa, es el verdadero héroe del capitalismo, cultiva su riqueza de manera metódica y racional. Hombre insaciable quizá, pero de una sola pasión, constante y previsible. La suma vertiginosa de cifras le alegra sobremanera, provoca en él una continua excitación... El dinero es a sus ojos un vientre de inagotable fecundidad, la sustancia que eleva al mundo y permite acceder a la belleza de lo grandioso. Al no haber cantidad que no pueda ser superada su ardor y labor no conocen límites. Cazador de imposibles, entabla febriles romances con los valores y las cotizaciones, presiente ganancias millonarias y, en cada riesgo que corre, conoce la extraordinaria voluptuosidad de la ruina o la gloria.

El avaro representa la economía estática; el pródigo, la economía de ostentación y el codicioso, la floreciente. Cada uno tenemos un poco de los tres: a veces regateamos por una cantidad irrisoria, otras derrochamos sin pensar y también acumulamos con una avidez despiadada. Por suerte, existen relaciones más pacíficas e indiferentes con el becerro de oro. Pero para sus adoradores, el dinero no sólo es un mal que hace bien y un bien que hace mal, el estiércol donde crecen las flores de la civilización, por retomar una imagen de Zola, es también un consuelo extraordinario. Nos satisface la ocupación de ganarlo, conservarlo malgastarlo, absorbe toda nuestra energía, se basta a sí mismo, proporciona el sentido perfecto de la vida. Le habitan fuerzas demasiado poderosas como para sufrir la menor competencia. Como bien sabe la Iglesia, es el único rival de Dios, capaz como Él de abarcar la multiplicidad del mundo en su unidad, de no poner límites a su expansión. Es una verdadera fuerza espiritual, el único absoluto tolerado en tiempos de relativismo. (pp 46-47)

Ser un rebelde profesional es una pura contradicción, pues hace cotidiano un estado excepcional, pero si trata de un mecanismo de autopromoción muy valorado en una sociedad donde todos queremos ser únicos. Pasar por un proscrito otorga cierto prestigio, por ello se busca el aura tenebrosa de los malditos, a ser posible sin los peligros inherentes a dicha condición (...). Demasiadas personalidades de las artes, el periodismo, la universidad y la política juegan a ser renegados. En Francia, lo políticamente correcto es ser incorrecto. Constituye la manera de ganar todas las partidas, tener un pie dentro y otro fuera, creerse en situación de marginalidad pero disfrutar de una posición estable y de las ventajas de la notoriedad. Instalados pero radicales: el pequeñooburgués resucita bajo los harapos del guerrillero, la honda se convierte en un producto de consumo popular, casi un complemento de moda. El conformismo se extiende a actitudes que eran antes un signo de marginación, vicio o

crimen. La rebelión es sólo una variante de la multitud de conformismos que sufrimos... (p 48)

El destino de todo levantamiento es necesariamente ser incorporado al sistema, materializarse, dar nacimiento a nuevos derechos, a posibilidades inéditas, aun cuando la lucha no haya terminado. La sublevación puede ser el comienzo de la humanización, nunca su fin: ese paréntesis de caos debe cerrarse en algún momento, recusar la violencia para establecer cierta legalidad (so pena de arrastrar a la nación entera hacia una espiral de destrucción). Cuestiona la sociedad con el fin de ensanchar los cimientos de la comunidad humana, mejorar la condición de los desfavorecidos. La aspiración de todos los marginados es ser como los demás, no gozar de un estatus especial... Existe un heroísmo de la desobediencia, de la huelga general, pero también una evolución prosaica de las ventajas conquistadas cuando se materializan en discusiones paritarias, negociaciones sindicales, acuerdos de gobierno. La liberación es fruto de la epopeya; la libertad, con frecuencia lo es de la banalización, de la integración en el orden establecido de todos los elementos subversivos. Podemos lamentarlo, pero así progresan las cosas. Los pudores de virgen asustada de algunos sediciosos ponen de manifiesto una profunda ignorancia de la Historia. Siempre se combate para mejorar las condiciones de vida. Y no hay nada de vergonzoso en conseguirlo: *la recuperación es el deseo confesado de toda lucha.* (p 52)

Redimidos por la opulencia.

¿Qué es el consumismo?... En realidad nuestras sociedades occidentales no favorecen la posesión sino la acumulación y destrucción de productos, y su constante renovación como característica principal. Si nos contentásemos con nuestros coches o nuestros muebles, los *stocks* no tendrían salida y el sistema quedaría paralizado. El consumismo conlleva incluso la prohibición generalizada de conservar las cosas durante mucho tiempo. Excitación, innovación, mimetismo: siempre hace falta descubrir sin cesar nuevos nichos de codicia, erigir los caprichos de unos en necesidad de todos. Nuestro fallo, en este sentido, no es desear demasiado, sino demasiado poco.

Pero esta utopía no es segura: los hombres pueden ambicionar los bienes de los demás y la envidia, derivar en hostilidad. Por otra parte, los objetos adquiridos producen goces breves y fulgurantes al agotarse enseguida su contenido con el uso. La perfecta coincidencia del deseo y su realización es algo milagroso y decepcionante. Sólo valoramos aquello que se nos resiste: si una obra de arte o un paisaje nos emocionan es porque nunca se acaban... (pp 61-62)

Es una equivocación pensar que la gente cree todos los mensajes que recibe, sobre todo cuando son explícitos y no ocultan sus intenciones. Con frecuencia se atribuye a la publicidad una omnipotencia que no tiene. De entrada, se ignoran las innumerables campañas que fracasan... cuando una multitud de redes cercan nuestra existencia para exigirnos grandes desembolsos, se produce una anulación mutua y el refuerzo de nuestra coraza. Nos convertimos en objetivos inmunes, bombardeados desde nuestra más tierna infancia por monsergas publicitarias, cuya influencia es cada vez menor. No estamos en peligro de adoctrinamiento sino de atontamiento... (pp 64-65)

En realidad, la publicidad sólo se vende a sí misma, sólo vende su reproducción hasta el infinito: se contenta con representar e identificarse con la mentalidad dominante, a saber, en Occidente, el hedonismo individualista... Es más exacto decir que el discurso del poder no nos oculta nada, que la burguesía siempre ha dicho lo que ha hecho y hecho lo que ha dicho. Las grandes estrategias del capital se exponen abiertamente en las revistas económicas, en los tratados de gestión empresarial. Resulta cómico colocarles una máscara cuando nos ciegan con su propia evidencia. (p 65)

Estamos ante un viejo defecto del pensamiento progresista: buscar una única razón para la angustia, colocar en un lado a los dominadores y sus cómplices, y en el otro a los dominados y sus defensores, con el fin de federar todo el descontento bajo la misma bandera. Esta locura de la síntesis global genera en realidad un desierto teórico. Por querer abarcarlo todo, nada estrecha entre sus manos. Si, como sostienen, sólo existieran las fuerzas del gran capital por una parte y la conciencia de los pueblos por otra, sería demasiado fácil. Olvidamos que la barbarie tiene múltiples causas y puede surgir sin más razón que la crueldad humana, y que no todos los sufrimientos de la humanidad tienen el mismo origen. Y si no hay un único culpable del infortunio humano, tampoco existe una víctima emblemática que represente a las demás... (pp 66-67)

... Pero el capitalismo es ante todo la promoción de la economía como ciencia autónoma, dissociada de toda referencia religiosa, ética, política, contemporánea de la emergencia y triunfo del individualismo (Louis Dumont). El ser humano se convierte con él en propietario de sí mismo, empresario de su propia vida, gestor de sus intereses, dueño de su destino, consagrado a la constante mejora de su suerte. A partir de la Ilustración, la lógica económica conquista poco a poco un derecho de soberanía sobre las demás actividades, con la esperanza, propia de algunas corrientes doctrinales del siglo XVIII, de reconciliar la moral y el interés, el progreso técnico y el espiritual, el comercio y la virtud: reunión de todos los órdenes humanos en una única esfera convertida en valor supremo. (p 94)

... la singularidad de la lucha anticapitalista reside en que las dos partes hablan el mismo idioma. ¿Cómo puede haber tantos ex comunistas en la dirección de grandes empresas, con puestos de responsabilidad en la patronal? ¿Se trata de traición a la ética del proletariado, arribismo, cambio de chaqueta? Quizá, pero no es sólo eso: al pasar del marxismo-leninismo al neoliberalismo no han cambiado de ideología pues continúan en *la veneración de la infraestructura*, en la terca creencia de la redención del mundo por el evangelio de las relaciones de producción. En ambos casos, la economía no es un servicio sino un destino: tiene sus profetas, pontífices, sumos sacerdotes, herejes, pero todos le rinden el mismo culto... (pp 99 y 100)

La cultura de la excusa.

Cada vez que, en algún lugar del planeta, los llamados desheredados comenten una atrocidad o una masacre se responde, sobre todo por la izquierda, con una fórmula mágica: ¡No pueden haber hecho eso! Se habrán visto obligados por la miseria, el imperialismo o la humillación. Volvemos a la teoría de Rousseau...: el hombre es bueno,

sólo la sociedad, en especial la capitalista, es malvada. No existe el mal, sino circunstancias perversas. Con este argumento se justifica cualquier infracción... Cualquier sinrazón tiene causas económicas, cualquier barbarie ha nacido de la injusticia...

A finales del siglo XIX, el Derecho inventó las circunstancias atenuantes...

La cultura de la excusa es sobre todo una cultura de la subestimación: al eximir a los culpables, los infantiliza... Convertirlos en víctimas inconscientes, en marionetas o criaturas de las grandes potencias, también es disculparles a la ligera. Hay un punto en que la izquierda radical es tan pesimista culturalmente como la derecha más conservadora: lejos de promover la libertad, la primera encierra al individuo en su condición de origen y la segunda le confina por sus genes, su herencia, su piel o su sexo el defensor de los oprimidos demuestra un paternalismo condescendiente para con sus actos (así como tampoco les reconocerá sus eventuales triunfos)... (pp 100-101)

Estamos atrapados en un extraño círculo: cuanto más se denigra con la palabra al capitalismo, más se le exalta en realidad... *La supervivencia del capitalismo después de dos siglos se debe tanto a sus enemigos como a sus adeptos.*

... Significa que el triunfo del sistema bien podría ser su propia tumba, si no tuviera esta increíble aptitud para dejarse educar por los que quieren borrarle del mapa y participan, a su pesar, en su resurrección... (pp 102-103)

Cuando la vulgata del situacionismo de 1968 proclamaba: “Todo ahora”, “Disfrutar sin freno y vivir sin trabas”, estaba ofreciendo sin darse cuenta argumentos a la esfera mercantil para extenderse a todos los ámbitos. *La intención era libertaria, pero el resultado fue publicitario*: no se ha liberado tanto nuestra libido como nuestro frenesí adquisitivo, nuestro apetito de apoderarnos de todos los bienes sin restricciones. Se creía forjar una raza de hombres y mujeres libres, orgullosos de sus deseos, y en realidad se ha generalizado en todas las edades el prototipo del consumidor, del cliente rey que exclama: Quiero, exijo... (p 106)

“Hay pocas formas más inocentes de pasar el tiempo que emplearlo en ganar dinero”, escribió el Doctor Johnson en el siglo XVIII. Adam Smith, en un pasaje célebre, confiere a esta filosofía sus cartas de nobleza:

“El hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad si se dirige a su interés personal y les hace ver que es ventaja para ellos hacer lo que les pide. Así lo hace quien propone al otro un trato cualquiera: Dame lo que necesito y tendrás lo que deseas en el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo, ni nunca les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas”. (p 113)

... En un primer momento, la economía debió emanciparse de la moral y la política para reemplazarlas enseguida y atribuirse una tarea total, desmesurada: situarse progresivamente como competidora de la religión... (p 114)

Comprensión total: el capitalismo es incapaz de equivocarse, los obstáculos sólo pueden venir del exterior, de gobiernos e intelectuales retrasados, de jefecillos de la función pública. Estamos ante el mesianismo de segunda mano de la religión económica que a los ex grandes sujetos de la Historia -el espíritu hegeliano, el proletariado marxista, el Tercer Mundo, las minorías- ha añadido tranquilamente el suyo: el mercado redentor. Extraño contrasentido, por cierto. Pues en la mente de sus teóricos fundadores, el mercado era fruto de la incertidumbre de nuestras acciones y no el garante de una cuasi infalibilidad... (p 118)

Todo ha sido desacralizado por el capitalismo: las tradiciones, las costumbres, las creencias, excepto el propio capitalismo, a salvo del escepticismo profesado hacia los grandes sistemas de interpretación del mundo. *Es el triunfo del economismo, es decir, la elevación de una disciplina particular a ciencia total, madre de todas las demás, que ambiciona, como el marxismo, regir lo social, lo político y lo íntimo, y reconstruir, a partir de sus postulados, la totalidad del universo...* (p 120)

Pobreza, riqueza, frugalidad.

Los ricos no son simplemente pobres que han triunfado. Su fortuna les transforma cualitativamente, les catapulta a otra humanidad, con sus tribus, su lenguaje. Es una forma de vivir; de dotar al dinero de nobleza y refinamiento. A ser rico se aprende, y requiere la misma asiduidad que las matemáticas o la música: no basta con tener mucho, es preciso ser de otra manera. A veces hacen falta generaciones enteras para pertenecer al mundo de la clase “alta”, conocer sus nombres, sus familias, pero para precipitarse en la ruina se necesitan unos pocos años. Incluso dentro de los pudientes hay jerarquías, castas, entre los inmensamente acaudalados y los ricos ordinarios. Por eso, tras los altos muros de sus clubes y palacios, están más ocupados en defender su estatus que en disfrutar de sus bienes. El dinero, para hablar como los calvinistas, les da la garantía subjetiva de salvación. Ya provoquen cólera o simpatía, deben conseguir el arraigo de una genealogía para demostrar que su estado no es fruto de un trabajo de sol a sol -al dinero no le gusta sentir el sudor- o de una buena estrella, sino de una ascendencia auténticamente aristocrática.

Por el contrario, los pobres causan lástima con su reproducción sin fin. Caer en la miseria es depender de las cosas, no poder tirarlas, malgastarlas, estar obligado a recoserlas, remendarlas, repararlas, y contar cada céntimo. Se combina la humillación y los obstáculos. “El pobre debe escatimar si dolor. El rico exhibe plenamente el suyo” (Baudelaire). A esto se añade el carácter residual de la indigencia, más degradante aún: si ayer el pobre era el proletario o el condenado de la tierra, predestinado a rescatar al género humano, hoy es un superviviente que se ha resistido a todas las olas de prosperidad. Tal obstinación en la penuria revela mala intención. El cáncer que persiste en la pobreza, a pesar de los progresos, es un resto que estorba, un remanente que los planes sociales o las grandes instituciones se reenvían año tras año, con la promesa de eliminarlo. Así, la cuestión social se sitúa al nivel del tratamiento de los residuos -

problema ecológico-, se trata de gestionar los excedentes humanos y materiales. *Poverty sucks*, se decía en Estados Unidos en la era Reagan: la pobreza es lamentable. Y tan desoladora que nos echa en cara el fracaso de nuestro optimismo, nos reprende, nos recuerda que no todos los hombres están invitados a disfrutar por igual de la vida y, probablemente, nunca lo estarán.

¿Puede concebirse la frugalidad de otra manera que no sea la resurrección de la ascesis cristiana o dietética de personas ahítas, ávidas de encontrar la gran simplicidad? Para los franciscanos el mundo pertenece a quien renuncia: en la escasez reside la opulencia; en la vaciedad, la plenitud. Quien nunca se apropia ni nunca se aferra posee los bienes esenciales pues no necesita tenerlos para disfrutarlos. Esta renuncia es el reverso de la avidez; es tan intransigente en su postura de no tomar nada como ésta en no negarse nada. Quizá sea preciso desvincular la frugalidad de la siniestra idea de abstinencia. No es una sustracción sino una adición, la apertura a otras dimensiones de la existencia. Consiste en no caer en la trampa de la ocupación y las exigencias estériles, desembarazarse de bagatelas socialmente valoradas, desplazar las fronteras de lo necesario y lo superfluo, poner el boato donde la mayoría ve futilidad y la miseria donde la generalidad celebra el lujo. En resumen, ponerse límites, pero no privación sino para multiplicar otros placeres menos admitidos por la colectividad. Sin esta perspectiva, la frugalidad se quedaría en un anexo ecologista de la pobreza religiosa, la variante moderna del mendrugo de pan y el jarro de agua, una caricatura neorrural al estilo de Henry David Thoreau, seguidor americano de Rousseau y partidario de la vida en los bosques. Aunque la idea sea muy imprecisa, y esté impregnada de agua bendita y esnobismo, nada empaña la libertad otorgada a cada uno para poder decidir en su fuero interno de qué trampas sociales desea preservarse, de qué falsos brillos está dispuesto a privarse. Si la angustia de nuestro tiempo reside en lo pasajero, el cambio que se anuncia traerá consigo riquezas inimaginables para nosotros. No superarán a las presentes, las relegarán a otro lugar. Lo que está por venir podría reducir la pompa y la magnificencia actuales a una amable nadería. (pp 122-124)

Toda la ambivalencia del ciudadano moderno viene de *su deseo de protegerse del Estado y ser protegido por el Estado al mismo tiempo...* Al poder público se le exige aún más: la liberación de la necesidad y del peligro, la garantía de la continuidad de la nación, la cohesión de la sociedad, pero también su amparo y que nunca nos abandone. El neoliberalismo, esta filosofía de la calma chicha, es un riesgo que se hace pasar por seguridad: al primer aguacero naufraga, pide socorro... (En periodos de crisis) sacudida la ortodoxia, los créditos y las subvenciones se desbloquean con urgencia, y se apresuran, según la célebre expresión, a “privatizar los beneficios y socializar las pérdidas”. Actitud que puede resumirse con este slogan: “Dejadnos en paz, ocupaos de nosotros”. (pp 125-126)

... es posible que la función de la militancia actual sea anunciar la muerte de la obsesión productivista como referencia suprema. Por el momento, no parece tomar este camino y carece cruelmente de dimensión espiritual. (p 128)

... innumerables voces por todo el mundo ponen en tela de juicio la noción de “verdadera vida” como sinónimo de ventajas materiales y monetarias ilimitadas, y

reclaman un arte de vivir fundado en el mejor legado de los siglos pasados en materia de clarividencia y sabiduría... (p 130)

...El capitalismo, como la democracia, se cuestiona por sus promesas incumplidas. Y sufrimos al ver incoherencias entre sus palabras y sus actos. Cuando se exige un reparto más justo de los frutos del crecimiento económico, una sociedad más decente, respeto al equilibrio ecológico, el fin del proteccionismo de los países ricos frente a las exportaciones de los pobres, un desarrollo sostenible, eso significa que se desean las ventajas del mercado sin sus consecuencias perjudiciales. En otros términos, se acepta el capitalismo como lógica económica (aunque dotada de serios correctivos), pero se repudia como civilización. Es una terrible contradicción de la que no es tan fácil salir... (p 131)

... Puede criticarse a cuantos borregos se precipitan en los supermercados y se hartan de baratijas relucientes, pero la compra, con sus reglas simples y sus placeres evidentes, persiste porque ofrece a todos el goce de una plenitud ilimitada y del deseo satisfecho rápidamente. La única formalidad exigida es un hambre feroz y los medios para saciarla. Por eso el verdadero escándalo para el consumo es quedarse al margen por falta de liquidez... (p 135)

Si el consumismo sobrevive, a pesar de los ataques sufridos, se debe a que “satisface una demanda real de autonomía expresada en el uso del automóvil, Internet o el teléfono móvil... La idea de crecimiento tiene un futuro prometedor como metáfora de una apertura continua al campo de las posibilidades”. Al igual que el trabajo es servidumbre para unos, pero permite a otros emanciparse y a las mujeres, por ejemplo, conquistar una auténtica autonomía financiera, todo desarrollo material es también espiritual en la medida en que brinda nuevas oportunidades a los individuos... (pp 135-137)

Es preciso determinar el umbral a partir del cual los procesos emancipadores se vuelven opresores y el individualismo triunfante se convierte en el peor enemigo del individuo, a quien debilita en lugar de ayudar: Cuando el mercado es el único “lugar de vida” para una mayoría de personas, su único espacio de encuentro, de esparcimiento y realización personal; cuando desde la guardería la escuela no supone una iniciación en el saber sino un aprendizaje del consumismo, y la publicidad invade hasta los aseos de los institutos y universidades; cuando el espacio público se reduce al centro comercial, a la central de compras; cuando los niños y adultos pasan entre tres y cuatro horas al día ante la televisión y organizan su jornada en función de las series y concursos emitidos... cuando el objetivo de las empresas no es sólo vaciarnos los bolsillos, sino mezclarse en nuestra vida desde la cuna a la tumba e intentan garantizar nuestra fidelidad a través de un conocimiento íntimo de nuestros gustos y deseos; cuando no se conforman con ser lugares de producción y se erigen en las iglesias del futuro que establecen y prescriben los valores, entonces podemos alarmarnos pues algo huele mal en Dinamarca. (pp 140-141)

... se corre también el riesgo de atribuir al mercado un poder que no tiene, pues él no ha creado el narcisismo, la estupidez mediática, la voluntad de diversión a cualquier precio, como tampoco destruyó, en el inicio de los tiempos modernos, la doble tutela de la autoridad y la tradición. Se contenta con acompañarlos, ampliando su efecto, es una caja de resonancia... *El mercado entra siempre en nuestras vidas con nuestra complicidad, porque nosotros lo deseamos...* Si la imaginación de nuestros días es mercantil, se debe a que casa a la perfección con el mito del individuo rey, con la exigencia de tener el mundo a nuestra disposición. No nos hemos convertido en horribles rapaces sino en horribles pachás. (p 141)

El mercado nunca es el primero, no innova, es conformista, y cuando algo funciona, se embala, multiplica sus efectos. Es un gran propagador que plagia las ideas más nobles, las artes más sublimes, las actitudes más provocadoras, para expandirlas por el mundo entero y sacar beneficio de ello. Su papel es seguir la onda, obedecer a los amos más diversos, exprimir el limón más jugoso, ya se llame audiencia, reivindicación de identidad, realización personal o nueva espiritualidad. Con su carácter eminentemente oportunista, se precipita en los nichos en expansión, se hace servidor diligente, intermediario celoso. Su poder es maravilloso cuando divulga los beneficios de un descubrimiento o la belleza de una obra artística, pero se vuelve nocivo cuando, llevado por su propia velocidad, multiplica las necesidades artificiales, nos aturde con un sinfín de chucherías, de porquerías innombrables. (pp 141-142)

El mercado define al individuo como ser anhelante en esencia. En principio, somos lo que deseamos: objetos, seres, estilos de vida, experiencias. Confundimos la multiplicación de los derechos con la de los apetitos, sin vislumbrar la menor contrapartida en forma de deberes. Una sociedad de mercado es de entrada una sociedad de servicios basada en la comodidad y la inmediatez. Es un ajuste minucioso de la oferta y la demanda, y cuanto más personalizada sea la oferta, adaptada a los gustos de cada uno, más valor tiene. Considerable disfrute: estoy seguro de obtener inmediatamente - previo pago- aquello que deseo, una gigantesca organización se pliega a mis menores apetencias.... (p 142)

El mundo moderno ha perdido su alma: esta acta, tan vieja como la modernidad misma, fue levantada hace dos siglos por los románticos, con la agudeza que no ha perdido un ápice de pertinencia. Omite, no obstante, un punto fundamental: con la profusión de voluptuosidad material que nos nunca también hemos conquistado un bien inestimable la libertad personal. *Somos y seguiremos siendo los hijos de la Ilustración y la prosperidad*, para lo bueno y para lo malo, aunque los dos órdenes estén abocados a entrar en conflicto. Ha llegado el tiempo del individuo soberano, demandante e impaciente, a quien el mercado ha otorgado licencia para hacer lo que le venga en gana, para satisfacer sus menores deseos. En Occidente sólo se encuentra amenazado por su propia arrogancia. Sino quiere convertirse en su peor enemigo, debe poner límites a sus ansias exorbitantes, evitar transformarse en un bebé insaciable y protestón. Una democracia puede morir de autoritarismo rastrero, de veneno totalitario, pero también por deterioro de sus valores, invocados continuamente para satisfacer las aspiraciones más alocadas de un determinado grupo o minoría. (pp 144-145)

... Abolición del pecado original, proclamaba la Revolución francesa. Abolición de la deuda, pregonaba la modernidad. Ahora no tengo ninguna obligación con mis ancestros, no debo preocuparme por el peso de la herencia, todo yo soy contemporáneo de mí mismo. Es el mito de la autocreación que ilustra de manera ejemplar el prototipo de hombre hecho a sí mismo, salido de la nada, de la pobreza... Sin embargo, el mecanismo de la emancipación es retorcido. Una vez aliviado de toda deuda con el pasado, el yo *se convierte en su propia deuda*. Debe existir en todo momento, demostrar su valor ante los demás, que “es alguien y no nadie” (Isaiah Berlin)... (p 145)

(Fenómeno de *Operación triunfo, Gran Hermano*)... para obtener reconocimiento, comprar el minuto de gloria, incluso con rebaja. Es la paradoja de la vida privada: tras ganar la dura batalla del respeto a la intimidad y a la propia opinión, el individuo occidental, preocupado por parecer inconsistente a los ojos del prójimo, hace lo imposible por desvelar su porción de secretos y se exhibe voluntariamente en todas partes donde es requerido. Al no sentirse expuesto a las miradas de los demás, enloquece, blinda entonces su apartamento con cámaras *webs*, frecuenta clubes de intercambio, cuenta en los platós de televisión o en los libros sus costumbres amorosas, en resumen, intenta convertir la insignificancia de su vida cotidiana en un acontecimiento capital. ¡Hace pipí, se rasca la nariz, come y duerme cada día! Es algo que merece ser mostrado al mundo entero sobre el terreno. Acepta de la máquina mediática la intromisión que no toleraría de una Iglesia o del Estado. Es una servidumbre voluntaria que oscila entre el miedo al control social y el miedo equivalente a pasar inadvertido. La sed de publicidad culmina en el proceso de manifestación televisiva, donde es suficiente aparecer para ser. (p 146)

Pobre yo consagrado por entero a sí mismo. Se cree autosuficiente pero mendiga la aprobación de los demás, oscila entre la reivindicación frenética y la dependencia absoluta, quiere el calor de lo colectivo sin las obligaciones anexas. La existencia le resulta una vejación permanente pues hiere su deseo de autonomía. “El sentimiento de ser soberano no alegra su corazón, más bien le oprime, por no decir que le desespera”. El individualismo básico toma siempre la forma de una tautología: seas lo que seas, sé tú mismo. La libertad no es la capacidad de separarse, desligarse del universo social, ahora se queda reducida al simple trayecto que va desde mí hasta mí. ¡Qué tristeza, sin embargo, ser uno, coincidir con su ser! La belleza de la existencia es escapar, abrirse a la multitud de destinos posibles que llevamos dentro de nosotros. En vez de ser alguien ¿por qué no querer ser varios? Conocerse sólo es útil para poder olvidarse, no estar ya colado de uno mismo, volverse disponible al esplendor del mundo. ¿Hace falta recordar esta evidencia: que la riqueza de una persona deriva de las relaciones mantenidas con los demás, de su aptitud para establecer toda clase de vínculos por medio de la generosidad, el fervor y la reciprocidad? ¿O que un hombre sólo es grande cuando busca algo más grande, la revelación de un universo más denso, más perdurable que su simple subjetividad? Nuestra tarea de los próximos años es, con toda probabilidad, reconciliar la inquietud de independencia y la necesidad de pertenencia, aunque los compromisos deban ser preferentemente elegidos y no sufridos, plurales y no únicos, revocables y no

permanentes. El yo tiene otros usos distintos del utilitario hedonista. La tensión es fecunda, no así el monopolio de un solo término erigido en dogma. (pp 147-148)

... Schumpeter reformuló la paradoja de la mano invisible: para que el plomo vil del interés egoísta se transforme en oro, debe estar bajo la autoridad de instituciones (jueces, policías, políticos, funcionarios) cuyas motivaciones son completamente distintas a las del *homo oeconomicus*. Es decir, el capitalismo sólo funciona cuando es canalizado por el Estado, las asociaciones, las costumbres surgidas de una lógica distinta, no sólo regidas por la ley del beneficio, pues no sería capaz de controlar en solitario todos los ámbitos de las actividades humanas. La economía puede ser totalmente de mercado porque la sociedad no lo es: la coincidencia de ambos desembocaría con toda probabilidad en una desintegración recíproca. Un hospital se mantiene por la abnegación inaudita de su personal, que no escatima ni tiempo ni generosidad para atender a los pacientes. Si el afán de lucro guiara la mano de la enfermera, no apostaríamos un céntimo por la vida del enfermo. De igual modo, privatizar la seguridad aérea, remunerar mal a los empleados, darles una formación deficiente, es prepararse grandes catástrofes. Ningún lugar del mundo se encuentra gobernado únicamente por las leyes de la competencia, la solvencia, el individualismo radical. Incluso en el muy capitalista Estados Unidos se equilibra más que nunca el apetito empresarial con el puritanismo, un nacionalismo receloso, una religiosidad omnipresente y un agudo sentido de la solidaridad dentro de la comunidad. Tejer el vínculo social sólo con dinero, imponerlo como tercer miembro en todas las relaciones, es edificar sobre arena. Los lazos auténticos se forjan a lo largo del tiempo, se enriquecen con todas las vicisitudes de la existencia, son una creación colectiva que nos trasciende... (pp 148-149)

... cuando la lógica monetaria se vuelve coercitiva y fagocita al ser vivo, para restaurar el equilibrio es preciso recuperar lógicas no mercantiles, aunque antaño fueran restrictivas. A través de un conservadurismo inteligente se pueden corregir los excesos del individualismo y del igualitarismo, y colocarlos en su lugar correspondiente. Y dado que el mundo ni nace conmigo, ni se extingue a mi muerte, una conversación con el pasado constituye una salvaguarda indispensable frente a las desviaciones de la modernidad, una oportunidad de escapar a la tiranía de la inmediatez. Criticar al capitalismo no basta, pues es una forma de alimentarlo. Se trata más bien de establecer ámbitos donde el dinero no pueda imponer su ley sin graves consecuencias, especialmente en la escuela. (pp 149-150)

... No sólo el mercado es éticamente ciego (John Rawls) y sanciona únicamente con criterios de eficacia, también sus mecanismos son políticamente neutros, “al alcance de todos y de cualquier fin”. Si bien concede una gran libertad a los consumidores para influir sobre los precios y las inversiones, no puede favorecer la transparencia de los gobiernos...

...Cuando el mercado decide en solitario, se burla de los parlamentarios, de las instituciones, y únicamente habla un idioma, el del cálculo y la rentabilidad... (pp 155-156)

Nada nos permite sostener el optimismo comercial que ve en el intercambio el medio de acercar a los hombres y terminar con sus querellas... Según las atinadas palabras de Samuel Huntington, el beneficio nunca ha frenado el conflicto, ni la integración económica ha reducido el riesgo de confrontación... El deseo de matar, el nihilismo, la demencia, afectan por igual a los ricos y a los desfavorecidos. En otras palabras, la paz favorece el comercio, pero el comercio nunca garantiza la paz. (pp 158-159)

... es imposible concebir el mercado como una instancia opresora o liberadora. Es ambas a la vez, trabaja para el progreso tanto como para el oscurantismo. Pone los pueblos en contacto, no de acuerdo, los acerca sin establecer sus vínculos, compone ententes provisionales y superficiales, suscita también nuevas frustraciones. No sería capaz de constituir la clave de bóveda de un mundo pacificado, todo lo más, uno de sus cimientos... (p 159)

Regidas únicamente por las leyes del mercado, las actividades políticas se degradan de manera espectacular... la política se convierte en un servicio que se puede solicitar o rechazar según las necesidades. Es el fin de la inquietud por el bien público, del entusiasmo por tomar parte en algo más elevado que uno mismo: la comodidad y la facilidad priman sobre todo... (pp 159-162)

... “Temo que la audiencia encuentre ahora insulsos los debates sobre seguridad social, fiscalidad o educación. La información no puede ya permitirse ser austera, el público se ha acostumbrado al suspense, las revelaciones, lo inimaginable”, comentaba una locutora de radio de Estados Unidos tras el caso Lewinsky. En general, las democracias ricas, cuando se dejan invadir por la despreocupación, picotean del mundo sólo lo que les interesa, no quieren saber nada de lo demás y permanecen sordas a las amenazas crecientes. (pp 161-162)

... Creer, como Milton Friedman, que el mercado armoniza los intereses individuales por medio de una especie de acuerdo espontáneo y que por eso la indiferencia mutua y el repliegue sobre uno mismo constituyen los mejores garantes de la paz, o escribir, como Pierre Manent, que los mandatos del mercado exigen una subordinación de las funciones, no de las personas, de tal modo que la igualdad de estas últimas siempre se respeta, es vivir en el firmamento de las ideas y no querer ver la realidad... Estas afirmaciones pecan de ingenuidad e incurren en ignorancia grave al desconocer que el mundo de la empresa es también el del chantaje, la violencia, las presiones, las camarillas... (pp 162-163)

¿Por qué no puede dirigirse un país como si fuera una empresa? Porque la finalidad de un país no es el lucro, porque se trata de un cuerpo que trasciende la historia, construido alrededor de una memoria colectiva, orientado a mantener su existencia, a perpetuar cierta herencia (aunque además pretenda convertirse en potencia económica). Donde

existe vacío de poder, ausencia de Estado, surge el caos y el terrorismo, y se termina por poner en peligro los territorios vecinos y el orden mundial. (p 165)

La entidad nacional resulta indispensable, cuando no insuperable, pues transmite pasiones y valores, y constituye el marco ideal donde una colectividad puede influir sobre su destino. No somos ciudadanos del mundo o del mercado, sino de un Estado que protege nuestros derechos, prescribe nuestros deberes, nos incluye en una deuda que nos vincula a todos los hombres pasados y futuros. La nación es ese conjunto singular a través del cual accedemos a lo universal, un contrato y una obligación entre individuos, en el marco de un espíritu general heredado de una tradición de vida en común. Diluirla brutalmente en un entorno más amplio, sacrificarla en el altar de los intereses económicos, no es alcanzar una dimensión mundial, sino alentar todas las regresiones locales, regionales, tribales... (p 165)

... Ha nacido una gran ambición, la ética industrial: los gigantes de la química, de los sectores agroalimentario o textil son los últimos Moisés colectivos, decretan su propio decálogo, pretenden asumir los principios antaño reservados a la religión o la filosofía.... Pero con este interés por lo socialmente correcto no se pone de manifiesto el altruismo inédito de los grandes empresarios sino su voracidad desenfrenada, y no ya en términos financieros sino simbólicos. Se consideran nuevos legisladores, intérpretes de la conciencia general, creadores de axiomas, promulgadores de normas. No les basta con conquistar los mercados, necesitan apropiarse del territorio inmaterial del alma, sustituir poco a poco a la escuela, los partidos, la espiritualidad, determinar el Bien y la Bondad. (pp 166-167)

... La economía pretende arrogarse todos los sectores fuera de su jurisdicción, ser más cívica que el Estado, más ecológica que los Verdes, más solidaria que la Cruz Roja, más honesta que los *boys scouts*, más piadosa que los curas... (p 167)

... por favor, empresarios, ahorrados vuestros sermones, haced bien aquello por lo que se os paga y, por piedad, no hagáis el Bien, ocupaos del dinero, no de la felicidad de la gente, contentaos con ganar cuotas de mercado, dejad de travestiros de gurús... Ahora bien, el capitalismo es una máquina laica, apta para transformarlo todo en beneficio, ya sea el amor, el aire, el agua o la belleza. Es su genialidad y su limitación. No le convirtamos en iglesia ni le pidamos ser más de lo que es: eficaz e interesado. En cuanto se vuelve sentimental y segrega exceso de alma, produce una ligera y persistente náusea... (p 169)

Toda la pericia, la habilidad de los jóvenes entrenados desde la infancia para manipular símbolos, tararear o eludir los anuncios, no dejarse engañar por las marcas que, por otra parte, les fascinan, nunca podrá reemplazar una verdadera educación política, es decir, *el aprendizaje de lo complejo y trágico de la acción humana*. “Nuestro destino no sólo nos llama a la felicidad sino a la perfección, y la libertad política es el más poderoso y energético medio de perfección que el cielo nos ha dado” (Benjamin Constant). La

política, como la cultura, proporciona al hombre ambiciones más amplias que el simple gusto por la riqueza. (p 171)

... La participación ciudadana auténtica se produce cuando el individuo acepta suspender su punto de vista para tomar en consideración el bien común, ampliar su espíritu, entrar en el espacio público donde los hombres dialogan, se enfrentan, actúan unos con otros, según unas reglas precisas. (p 173)

... un cliente se contenta con combinar, con cruzar las posibilidades ya formuladas por otros. Quien forja su propia existencia toma decisiones que le comprometen, cuyas consecuencias pueden ser imprevistas. En un caso la elección está dictada, es un simulacro de libertad masticada y digerida de antemano, en el otro se construye. En el consumismo todo se da por adelantado, ése es su encanto; en la existencia nada está escrito. Por eso existe la tentación de convertir al primero en modo de vida, de realizar una descarga total de responsabilidad, pues es un destino de rostro sonriente que me evita tener que asumirla. No hace falta ya formarse para transformarse, basta con comparar, probar, coger, y borrar de esta manera las demás dimensiones humanas... (pp 173-174)

... Como la filosofía global, el consumismo alimenta la ilusión de que el objeto puede satisfacer nuestras expectativas, cuando la realidad no deja de decepcionarnos. Nada las colma: aquello capaz de hacerlo no pertenece al orden de las compras sino de la acción, del proyecto, de la construcción de uno mismo. Debemos distinguir dos modos del deseo: uno intenta matar la falta por saturación, el otro la utiliza como un elemento estructurador, positivo, y a nada teme más que a la saciedad. El consumidor tipo desarrolla un nivel de inmutabilidad muy bajo. La menor frustración le supone una afrenta. Es un ser satisfecho que siempre tiene hambre y cuanto más obtiene más reclama, sufre de carencias por asfixia. Su desgracia no es la hartura sino el destete imposible, que le vuelve un sujeto ahíto y quejumbroso, siempre demandante, aun cuando ya tiene la boca llena. Su vida psíquica se atrofia, se reduce a un breve espasmo de satisfacción, seguido de otro deseo... (pp 174-175)

... La publicidad se adueña de la política y le impone videoclips y eslóganes, la televisión pretende curar nuestros amores heridos, devolver la justicia, suplir a la política y, sobre todo, a la escuela. Nos sugiere que todo aquello considerado difícil ayer, gracias a ella resulta accesible en un abrir y cerrar de ojos, y no hace falta esfuerzo, trabajo ni estudio. Esta lógica manifiesta un talento especial para apoderarse de los sectores en crisis (cultura, educación, representación política), extinguirlos y finalmente travestirlos, vaciarlos de sustancia... (p 176)

Cuando la prosperidad se instala, se convierte a sí misma en un ideal. Estamos obligados a mantenerla, propagarla, nos convertimos en sus humildes servidores. En este principio del siglo XXI, en Occidente no estamos más liberados de la necesidad que las sociedades precedentes, continuamos agobiados por la escasez y la penuria en

medio de la abundancia, pero carecemos de las ilusiones religiosas o políticas de nuestros ancestros. Sin duda, el dinero y la economía constituyen objetos singulares, no son ni fines, ni medios, pero participan de ambas categorías y por ello gozan de un tinte particular. Conducen a todo y todo conduce a ellos. Sin embargo, nos encontramos rebajados al rango de sustentadores de un poder anónimo. Es preciso cuestionar ese poder, en vez de vilipendiar el mercado. No debemos contentarnos con maldecirlo - pues así sólo cambiamos de enfermedad-, sino salir del círculo infernal donde comulgan los hermanos enemigos del entusiasmo y la aversión. (p 180)

Es evidente que las necesidades son ilimitadas y toda gran civilización multiplica sin cesar los apetitos de los individuos, pues a cada nivel de civilización corresponde la aparición de nuevas glotonerías. Lo necesario en nuestra época sería lujoso en otras, y lo superfluo es siempre histórico, relativo. No se trata de defender el crecimiento cero, el estado estacionario, sino sencillamente poner en competencia diversos modelos de riqueza, financieros, relacionales, sociales. Frente al dinero contante y sonante podemos oponer otras fuentes de esplendor estético, cultural y espiritual. La liberación de la necesidad material sólo es una de las condiciones de la libertad, pero no la agota. El dinero debe ser un trampolín, no una servidumbre, y mucho menos una mística... (p 188)

... La pasión del dinero por el dinero no es criminal o patológica, es simplemente desoladora si no está compensada con otros placeres, otras inclinaciones más delicadas, más preciosas. Se trata de la miseria de la prosperidad cuando ésta es sólo material, cuando no la alienta ningún noble interés ni revierte en beneficio social, cuando no es compartida por el mayor número de personas. Es urgente expulsar el dinero del trono donde lo hemos sentado de manera imprudente, para restituirlo a su rol de mediador, de “ramera universal” (Shakespeare), que acerca a los contrarios e irriga continentes y culturas. (p 191)

El verdadero sufrimiento de los modernos deriva de una promesa incumplida y probablemente incumplible: la del progreso ilimitado de saberes e intercambios conllevaba el desarrollo moral del hombre y el reconocimiento recíproco de las conciencias. La decepción está asegurada con un proyecto tan desmesurado, pues se propone ofrecer al mundo entero la totalidad de beneficios de la existencia y elevar a la Humanidad en sí misma a cimas tales que, en comparación, toda la Historia precedente parecería insignificante. Se trata de una vertiginosa fascinación por las posibilidades y de una frustración ante unos resultados siempre inferiores a las expectativas. Si ser moderno consiste en mostrarse incapaz de resignarse a su propia suerte, entonces la democracia se convierte en el régimen de la queja autorizada, pues alimenta deseos que no puede satisfacer, estimula la impaciencia vuelve legítimas las pretensiones más disparatadas. Nos angustian más los bienes no poseídos, los derechos aún no disfrutados, que aquellos que ya están en nuestras manos. Nunca se tiene bastante, hasta el exceso resulta escaso. (pp 194-195)

... La civilización crea tantos sufrimientos como los que mitiga. No sólo nos pesan sus reglas, al exigir el bienestar en norma vuelve la adversidad aún más insoportable. La modernidad no decepciona por haber fracasado sino por haber triunfado demasiado. Sólo es eso. La Historia puede haber terminado, pero los hombres siguen desamparados. ¿De qué sirve esta noticia, que desde Hegel atormenta a la filosofía, si no nos ayuda a vivir mejor? (p 195)

... Decepción no quiere decir desesperanza. Las famosas “desilusiones del progreso” son puramente románticas y nunca han llevado a nadie a rechazar la electricidad o volver a viajar en carreta. Cualquiera que se haya sometido a una operación quirúrgica con excelentes resultados o se haya salvado gracias a un antibiótico sabe lo que quiere decir la palabra progreso y no necesita de pesados tratados explicativos. (p 198)

... Internet no ha dicho su última palabra y podemos estar seguros de que nos prodigará aún otras maravillas, pero esperar que teja una única familia humana por medio de sus redes, para retomar una metáfora de McLuhan, es una ingenuidad cercana a la estupidez. Para algunos apóstoles de la “nación numérica”, quien plantee objeciones a sus proyectos es sospechoso de oscurantismo, un auténtico dinosaurio. La menor matización se considera una blasfemia, sólo la exaltación está autorizada. Éxtasis o muerte. La histeria por lo nuevo -cuya tradición se remonta a mediados del siglo XIX- alcanza en ellos cotas increíbles. En su voluntad de adaptarse al acontecimiento, incluso de adelantarlo, les falta a veces sobriedad y sangre fría...

... Al hombre sumiso de la cristiandad y arrogante de la modernidad, le sucede el hombre perplejo del próximo siglo. (p 201)

La convergencia improbable.

Ahora ya lo sabemos: el abismo Norte-Sur nunca será superado, no habrá una distribución equitativa de los frutos del crecimiento económico y, menos aún, un nivel de vida digno para la mayoría de la población mundial...

... Es el fin de la mitología del premio gordo, de la tormenta de oro que regará a la Humanidad sin hacer distinciones: hagamos lo que hagamos, siempre habrá reprobados y perjudicados. La hermosa esperanza de la convergencia, de un país de Jauja universal, se aleja.

Para numerosas naciones del Sur la amenaza no es el neoimperialismo sino el abandono puro y simple. El 70 % de la economía mundial se hace entre Europa, Estados Unidos y Japón, los países ricos necesitan cada vez menos a los pobres para enriquecerse. En tanto no supongan un peligro, se burlan totalmente de su desarrollo. La explotación del hombre por el hombre implicaba al menos un fuerte vínculo de dependencia entre el patrón y sus trabajadores, dibujaba un espacio de conflicto, de intereses comunes. Ahora, a la desgracia de ser explotado le sucede la fatalidad de no ser ya explotable. Lo terrible para muchos Estados y categorías sociales no es la dominación sino el desamparo.

Nunca se ha demostrado que la riqueza del Norte se deba al saqueo del Sur: la rapiña existe pero jamás ha enriquecido a nadie, la España imperial es una prueba. La opulencia del Norte sólo se debe a la mentalidad de sus habitantes, su trabajo, esa religión de transformación de la naturaleza y el ánimo de lucro, difundido por algunos

continentes. En cambio, es intolerable la yuxtaposición del Occidente cebado y las naciones famélicas...

¿Cómo sentarse a la mesa de los pudientes cuando se es un pueblo insignificante? En primer lugar, con una profunda reforma interna, pues todo país es responsable de su destino. Pero también, con el rechazo a la obediencia ciega del nuevo evangelio global: privatización, desregulación, liberalización. Y, sobre todo, con la garantía de un poder de retorsión en caso de dejación internacional, la habilidad de hacerse indispensable. .. Por eso es una ingenuidad esperar del siglo venidero una nueva era de paz y fraternidad. Seguirá predominando el chantaje, la intimidación, las amenazas. No hay sincronización de tiempos entre las diferentes humanidades que se reparten el planeta ni todos vivimos en la misma época. Pero gracias a la técnica y la comunicación, somos contemporáneos en el rencor y la envidia. Las regiones ricas han invertido las reglas del juego y establecido una distancia vejatoria para el resto del mundo: el resentimiento hacia ellas no cesará tan pronto. Hay que pagar un precio par ser el primero de la clase. (pp 202-204)

En 1929, Sigmund Freud, desengañado con las matanzas de la guerra mundial, describe el “malestar en la cultura” como el conflicto implacable entre un individuo rebelde ante cualquier imposición y las restricciones establecidas por la sociedad. De ahí deduce la imposibilidad para el hombre de acceder a la felicidad y también de acomodarse a la vida colectiva, siempre represiva: la guerra entre un ego insurgente y un superego culpabilizador no tiene fin. Quizás es preciso dar al célebre título de Freud un sentido positivo y afirmar que sólo el malestar es civilizador, generador de actitudes contradictorias pero benéficas. Sigue siendo la mejor manera de cuestionarse, de meterse el bisturí en el corazón (reírse de uno mismo es el último valor de las clases medias, siempre acechadas por la mediocridad y el conformismo). La crítica interminable que la modernidad dirige contra sí misma tiene dos vertientes: una de vigilancia para impedirle caer en una satisfacción beatífica; otra, de acritud que degenera a menudo en animadversión. (pp 201-205)

En la historia de la Iglesia católica, los teólogos tuvieron que combatir dos escollos igualmente nefastos. El desprecio de lo terrenal y el amor excesivo a la voluptuosidad mundana. Contra ambas vías sin salida oponían, a imagen de la doble naturaleza de Cristo, una imprescindible relación de desgarró: la vida humana es a la vez miserable y magnífica porque constituye la primera etapa de la vida eterna. El creyente debe estar en el mundo y fuera del mundo, guiar su conducta en la Tierra por los valores del más allá. Se puede laicizar este gesto fundador y aplicarlo al destino temporal de nuestras sociedades: mantener a distancia tanto el optimismo como el pesimismo, rechazar la idea de una solución perfecta a las desgracias del hombre pero también la amargura y la desolación (Leszek Kolakowski). Entre desesperación y convicción ciega, existe otro camino: el del escepticismo activo que sabe reconocer humildemente sus límites sin abandonar por ello toda voluntad de reforma. (p 205)

Al juzgar esta época, debemos convertirnos en defensores de una doble tradición: ser los artesanos del divorcio y los artífices de la reconciliación, no poner fin a esta disonancia... La codicia de uno, la indigencia de otros, las divergencias de intereses, la

indiferencia de los poderosos hacia los sufrimientos de los desheredados nos fuerzan a estigmatizar aquello que querríamos ensalzar. Pero en nombre de esas inquietudes legítimas, no podemos acomodarnos en el derrotismo frívolo, el gusto por la imprecación. No dejamos de oscilar entre la reticencia y la alegría: es preciso transformar esta turbación en principio de conquista. Al no cicatrizar, nuestra incomodidad mantiene en todo momento una especie de lucidez... (pp 206-207)

La paradoja de los países democráticos es que parecen más desordenados, más injustos que los demás y que están acechados por el crimen, la soledad, la droga, mientras las naciones opresoras, con su silencio, parecen armoniosas. Nuestras sociedades están enfermas, es evidente, pero su fuerza reside en ser conscientes de ello, decirlo, exhibir sus plagas en público, flagelarse sin tregua. Esta actitud les salva, les protege del verdadero pecado, la ignorancia de su mal. En otros términos, ser bárbaro es creerse civilizado, desterrar a los demás en la nada. Ser civilizado es saberse bárbaro, conocer la fragilidad de las barreras que nos separan de nuestra propia ignominia, comprender cómo el mismo mundo contiene en sí la posibilidad de la infamia y lo sublime. (p 207)